IGLESIA ÚNICA Y CATÓLICA

lagogonzalezmanuel@hotmail.com

Se tratará de distinguir entre el concepto de Iglesia universal y católica -tal como se manifiesta de forma clara en la mente del Señor- y la realidad de esa misma Iglesia católica en la romana.

Se trata de plantear la distinción existente entre Iglesia católica tal, como Se propone Dios que sea, y la congregación llamada de fieles católico-romanos.

La unidad con la Trinidad divina.

En ningún momento Jesucristo ha pensado en otra cosa que en la unidad con Él tal como Él mismo la tiene con el Padre eterno; y esto de tal modo que para ello nos Lo ha enviado a fin de hacernos donación del mismo Espíritu Santo que completa la misma vida trinitaria. Por eso quedamos destinados a esa misma unidad. Y la Iglesia católica es el pensamiento divino de la unidad efectiva de las almas con Dios Trinidad.

Es un absurdo plantear una identificación con Dios en la tierra que no sea al mismo tiempo universal. Es -en el mejor de los casos- la entronización de la subjetividad sobre la objetividad. La subjetividad ha de confluir necesaria y sumisamente en la unidad universal.

La Iglesia y la condición humana.

La asombrosa identidad vocacional (Iglesia) tiene como objeto propio a las personas humanas con todas sus limitaciones y pecados.

Tenemos la idea divina, excelsa, salvadora e inmaculada, frente no sólo a una infinidad de personas sino que además éstas están aquejadas de todo tipo de miserias y limitaciones, tanto físicas como morales. Es necesario no traspasar los límites propios: nosotros tenemos un ser delimitado, mientras que el Señor lo tiene ilimitado. Siendo esto así, al hablar de la

Iglesia, es preciso centrarse, de modo determinado, en la misma mente divina, que es causa y meta.

El límite de la participación en la Iglesia como donación divina.

El ofrecimiento divino, la llamada, la convocación o su plan, conlleva la transformación del individuo en "cuerpo moral" de Dios. ¡La Iglesia en el individuo o con el individuo! Es necesario siempre distinguir la Iglesia como don divino de la recepción más o menos fiel de ese don. Por muy fiel que fuese el fiel, no por eso dejaría de existir la donación divina como distinta de la recepción humana. Al ser la donación divina Dios mismo, la configuración humana por ella no salva nunca la distancia infinita entre el plano de la naturaleza divina y el de la gracia o participación. ¡Esa distinción es insalvable: la que hay entre criatura y Creador¡ ¡Y eso, por mucho que Dios Se entregare, sigue siendo indestructible¡

El término "Iglesia" es una acción divina, es una convocación divina, una llamada, -que secundada- nos une a Él, se Le recibe y nos transforma, nos conjuga y nos diviniza, aunque siempre sin traspasar la distinción entre Creador y criatura.

Es preciso delimitar estos terrenos y no mezclar a Dios -como objetivo de nuestra unión- con nosotros como sujetos receptivos de ese don divino. O, dicho de otro modo, es preciso distinguir entre ese don divino -que el Señor ofrece positivamente a la humanidad- y nosotros que si bien tenemos nuestra personalidad no es más que como capacidad de recibir el divino don.

El ser humano natural, no es más que puro medio receptor: la capacidad receptiva. Tanto que si esa capacidad receptiva, se frustra, se origina el Infierno. Esto es lo objetivo, lo real.

Establecidos los dos territorios, marcadamente diferentes, ya se puede intentar la contemplación de la vida de los hombres reales en relación a ese divino don. Ha de quedar intacta la sobrenaturalidad absoluta de la Iglesia como participación de las criaturas en la unidad viva de la Divinidad.

Con ello ya tenemos que la condición divina que la Iglesia es en sí, en cuanto que es aceptada, implica una participación de ella por parte de la criatura.

La conversión en medio y en instrumento y en ser divinizado. Son dos aspectos distintos.

Pero resulta que en esa llamada universal divina, tienen parte los hombres, no solamente "in genere" al aceptar la llamada sino que se la contempla a lo largo de la Historia divina con nosotros con un singular modo: Dios mismo usa a los hombres como instrumentos (medios) para efectuar y realizar esa misma llamada.

La Historia de Israel confirma lo dicho.

Es conveniente echarle una somera ojeada al fenómeno profético de Israel y a la misma naturaleza humana del Verbo divino enviado por el Padre en la Unidad amorosa del Espíritu Santo.

Esto conlleva en sí el asombro no tanto por el don divino sino por la propia limitación de lo humano. No es asombro, es escándalo: Dios no puede estar a nivel tan bajo llegamos a pensar. El problema es el escándalo y procede de que los espíritus humanos no toleran la limitación de la propia condición. De tal modo es así que se escandalizan cuando ven a Dios utilizando a Moisés, a Isaías, a Juan Bautista, o al mismo Cristo. (Es así porque los humanos pretendemos un mundo arcangélico y mágico: si Dios viene, que venga a hacer pura magia como Midas, y si no, es que no es Dios o lo que hace no vale para nada). Nosotros nos fabricamos unos modos que consideramos los que Dios debe ejercitar, y si no los hace tal cual imaginamos, los/Le desechamos.

Los mismos profetas actúan muy limitados, no usan la varita mágica; aunque hagan milagros, hacen los indispensables como signos de credibilidad de algo distinto. Nosotros queremos los milagros en sí mismos, y Él los usa casi exclusivamente como signos. Dios los usa como referentes a una "unión moral distinta y superior". Esto es: en la Historia sagrada, poco es sagrado, sólo ese "quid", ese algo sobrenatural, esa

identidad del "alma y Dios". La Historia sagrada, quedaría limitada a los pensamientos divinos, excelsos, sobrenaturales, teocéntricos. ¡Lo demás es puro acompañamiento rítmico y circunstancial! En la Historia Sagrada hay un Personaje que es el sol, todo lo demás son luciérnagas, no más. ¡No es posible traspasar la condición creatural y de camino, en prueba, de paso!

La Iglesia como medios humanos asociados a la Divinidad.

Con ello nos encontramos con que la "Iglesia", es, en un primer momento participativo, la participación de las personas humanas en la comunicación divina con la humanidad. Lo acabamos de ver en el caso de los profetas. Los profetas son instrumentos de "convocación". Pero no sólo eso, pues esa convocación posteriormente usa igualmente medios como son los sacerdotes, los príncipes, los reyes, y todo el pueblo con cada uno de los individuos. Todo ese pueblo es medio de "convocación", es "voz de Dios". Pero, además, esa participación no se limita a ser tal, sino que implica al mismo tiempo una relación amorosa, una unión moral con Dios. En ambos casos tenemos el concepto de Iglesia: conformación del Cuerpo moral de Jesucristo, de Dios Salvador, de Dios misericordioso.

Ni que decir tiene que en ese camino la resistencia de los hombres es grande. ¡La participación que puede prestar un hombre es muy variada e incluso contraria a lo mismo anunciado, o puede ser perversa¡ El hombre llamado a extender la llamada, puede hacer caso omiso.

La inmediata conclusión que se deriva de la Iglesia como "llamada instrumental" de Dios, es que tiene el problema de la fidelidad. Y seguimos estando pendientes necesariamente de la mente divina en donde se da el concepto de modo auténtico. ¿Cómo se soluciona esto? No confundiendo nunca instrumento con el sujeto. El hombre ante lo divino no puede ser entendido nunca como no sea como objeto de gracia, nunca como sujeto. Y como sujeto puede ser instrumento suyo sujeto es divino.

La Iglesia como llamada divina anida en los instrumentos que son la voz de "Su Amo" divino.

Esto realmente no se puede reducir a una simple voz, puesto que el hombre que se presta tanto a recibir la voz divina como a transmitirla, está realizando un acto moral. Y en la misma llamada se incluye igualmente el que esa respuesta sea una respuesta de amor y fidelidad a la divina voz del Divino Maestro.

Con lo cual ya hemos contemplado el momento personal de fidelidad no solamente al secundar instrumentalmente la transmisión de una voz sino al dar una respuesta amorosa que puede abarcar a toda la transformación que sea divina voz demanda.

El sentido del término Iglesia católica apostólica y romana.

Tiene un sentido que se relaciona con el mensaje divino, del divino don. No se refiere a los cristianos católicos. Los cristianos católicos han de ser medidos por la fidelidad.

¿Cómo se puede afirmar que el divino don tenga que anidar en la Iglesia romana?

Por una razón puramente histórica, la Iglesia no puede existir sin referencia a Pedro. Si se pretendiese otra cosa, inmediatamente se estaría ofendiendo la voluntad expresa de Jesucristo. Por lo tanto la verdad, cualquiera que sea, ha de autentificarse en la Iglesia romana. Más aún: toda verdad y bondad tiene derecho divino a hacerse valer en Roma; todo hombre de buena voluntad debe ayudar a hacer la Iglesia romana; toda verdad debe conformar la romanidad, debe incluso acrecentarla. ¡Es un deber y un derecho divino¡ Esto es: La Iglesia en cuanto voz divina y acción salvadora no puede ser separada de Pedro, no puede no ser romana. Si alguien cree saber alguna verdad, no puede separarla de la sede romana. Esto es lo bíblico. Y en este sentido, los protestantes son anti-bíblicos. Tanto en el Evangelio como en el funcionamiento de la primera Iglesia primitiva así aparece.

No se puede olvidar nunca la Iglesia como llamada universal, una y única, como un pensamiento divino sobre la Humanidad. Y ante Él, todos han de perfeccionarse, han de realizar una tarea ante Dios. El

Papa, es una entidad suprema, de juicio, que Cristo nos ha regalado para que nos unamos siempre. (Y si alguien no le acepta es que él mismo usurpa su autoridad). ¿Y si el Papa se equivocase? Aún en ese caso (estoy yendo demasiado más allá de lo lícito) valdría la pena siempre –antes de romper el Cuerpo moral de la Iglesia- soportar e implorar, esperando con fe, que Dios –si es un bien- más tarde o más temprano lo reconocerá. El Papa, como fiel, debe ser universalmente ayudado, nos van a nosotros en ello muchos bienes. Tenemos derecho a contar con la firmeza del Papa. Hemos de hacerlo nuestro. Hemos de enriquecerlo. Hemos de ayudarlo. Es un don divino, obra de misericordia. Toda la Iglesia ha de rogar por él. Si toda la Iglesia no es capaz de lograr con su oración y santidad ayudar al Papa a presidir la Cristiandad, es que esa Iglesia se ha podrido y no es de Cristo.

El deber de vivir la eclesialidad, la llamada personal.

La universalidad de la Iglesia de Cristo, como la misma mente divina, no nos puede dejar jamás en una fácil postura de estar en los muros legales católicos. No. Eso sería una ficción, una vanidad, un acto farisaico, una soberbia infernal. La llamada divina en sí nos obliga a afrontar siempre ideales de perfección de carácter universal. La Iglesia no es estática, es una llamada "a realizar una tarea heroica de santidad, conforme al Corazón del Señor".

Ahora bien, la Iglesia romana, en sus fieles todos, ha de encararse con la llamada divina en todos sus aspectos. (Y aquí nos encontramos con la santidad personal o con la infidelidad). Y cualquier hombre que pretenda cooperar con Dios, no puede de ningún modo dejar de hacer valer sus razones dentro de la Iglesia romana, por contar en su centro con el santo Padre el Papa, fiel que Jesucristo no ha querido dar como anillo que nos aúna. Los fieles particulares han de hacer el Cuerpo místico universal, no pueden jamás hacer un cuerpo desunido que de por sí está corrompido ya. Deben luchar tanto por ser fieles personalmente, como por hacer valer los dones divinos –si los hubiere- dentro de la unidad universal.

Los males son los males, los pecados son los pecados, los errores son los errores; y mientras se sepa cuáles son, (o al menos mientras se conozcan algunos) es que somos capaces de saber donde está la mente divina, y donde no está.

La mente divina. La mente divina. Ésta es la Iglesia.

Colofón sobre la relación universal de la Humanidad sobre con la Iglesia.

Al ser la "Iglesia", en cuanto a la fidelidad, una relación, puede ser positiva o negativa, completa o incompleta. En este sentido se podría enfocar toda la vida moral de la Humanidad en torno al concepto de Iglesia. Más o menos Iglesia, más o menos fidelidad. En todo caso se mantiene la Iglesia como idea divina, como el sol entorno al cual gira todo el entramado.

La Iglesia y la subsidiaridad (en relación con la jerarquía). La Iglesia como llamada no es ni de lejos identificable con la jerarquía. La jerarquía es un medio, medio de ayuda o servicio para la configuración de los fieles con la llamada divina.

En la estructura (instrumental u organizativa) si no se quiere hacer un mal gravísimo, ha de hacerse uso constante del principio de subsidiaridad. Todos los fieles tiene un trabajo, un quehacer inmenso, y no pueden ser reducidos a miembros pasivos, salvados por estar. La inhibición o la usurpación hacen un mal inmenso a la Iglesia de Dios.

Ante la llamada divina, todos son instrumentos, que como tales pueden ser fieles esa llamada o tarea de amor salvador.

La jerarquía y estructura eclesiástica sólo puede tener carácter instrumental. Nunca ha sido negado. Nunca ha pretendido eliminar la actuación divina al margen de ella. Puede decirse de ella lo mismo que se dice del los fieles: instrumento, fidelidad, sumisión, humildad. Pero nadie puede eliminar el ministerio de la jerarquía en la unidad doctrinal; él como tal mira a la fidelidad. Sin él viene siempre la gangrena de la

desunión y putrefacción. La jerarquía no puede ser entendida como la coartada de la pasividad de los fieles: lo cual por desgracia sucede.

El carácter instrumental o mediático afecta a todos los fieles por igual. Ninguno pasa nunca de ser instrumento creado.

lagogonzalezmanuel@hotmail.com